

JAN 2 1973

REVISTA TEOLOGICA

V. 19
75

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

¿Qué significa para ti el sínodo?	1
Teología de la Diaconía	12
La ordenación	22
El significado permanente de la Confesión Luterana para la Misión	31
Bosquejos para Sermones	40
¿Sabía Ud. que...?	48

TEOLOGIA DE LA DIACONIA.
FORMACION PARA LA PROCLAMACION Y EL SERVICIO
DE LA IGLESIA EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

(Conferencia presentada por el Prof. Dr. Gyula Nagy, de la
Federación Luterana Mundial, Ginebra, durante una reunión
de profesores de teología luteranos en Sao Leopoldo, Brasil,
1 - 4 de agosto de 1972)

La Iglesia de Dios en el mundo es una "realidad dinámica". Esto significa que ella debe renovarse continuamente, tornarse siempre nueva, y esto por dos motivos. Primero, por no ser una isla en el mar, sino una parte del mundo que se encuentra en transformación continua, en un mundo con nuevas situaciones, nuevos problemas y deberes. Y, segundo, por representar en este mundo dinámico —según su esencia— lo "escatológicamente nuevo", la "nueva creación de Dios".

Mas, ¿cómo sucede que la Iglesia, contrariando a su profunda esencia, se presenta a pesar de esto, generalmente, como un "poder conservador", como un ente que se opone muchas veces a lo que es nuevo, o que no tiene comprensión frente a ello? Algunos estudiantes me dirigieron cierta vez la pregunta: "¿Cómo acontece que la iglesia siempre está atrasada por lo menos cincuenta años en cuanto a los acontecimientos de la historia mundial y los resultados de las investigaciones científicas?". Es un hecho notorio que la juventud de todas las capas sociales tiene el sentido de prisa y el deseo más ardiente de que haya algo nuevo en el mundo. ¿No debemos preguntarnos seriamente: esta impaciencia, esta crítica y, en una parte importante, este apartamiento de la juventud de la iglesia, ¿no proviene del hecho de que ésta se presenta tan poco actualizada y dinámica en un tiempo de desenfrenado desenvolvimiento mundial? ¿Por qué no abre la iglesia sus ventanas ni para el mundo ni para lo alto, para la dimensión de Dios, de donde vendría el Pnema Hagion vivificador para nuestra vida eclesiástica, paralizada por la rutina?

El conocido teólogo inglés John A. Mackay emplea en uno de sus libros ("El prefacio a la Teología Cristiana", 1945) las siguientes expresiones para caracterizar la situación de la iglesia en el mundo moderno: "Iglesia en el balcón" e "Iglesia en el camino". La iglesia puede comprender su posición y su misión en el mundo de dos maneras. Primero, de un modo equivocado, como "Iglesia en el balcón": a sus pies corre la historia mundial en la vida diaria monótona. A la iglesia le gustaría dirigir desde lo alto del balcón este complicado proceso mundial, distribuyendo buenos consejos y crear con el día domingo o de fiesta una interrupción de la vida diaria. La segunda posibilidad es que ella se encuentre como "Iglesia en el camino", en el centro del proceso mundial, en el trabajo diario de los hombres, solidaria con ellos, "en el camino", en la historia. Y allí, en el polvo de la calle, en el calor o el frío del día laborable, sirve con todos los dones que Dios le ha confiado para transmitirlos a los demás.

No es necesario detenernos preguntándonos qué posición es hoy la correcta para la iglesia. Jesús y sus discípulos nunca estaban sentados en un balcón sobre el camino, sino que viajaban con los pies cubiertos de polvo, hambrientos y sedientos, por las rutas y los caminos del mundo de entonces. Tampoco hoy el mundo necesita una "iglesia sobre el balcón", una iglesia autojustificada, autoritaria, que únicamente sabe distribuir buenos consejos desde arriba. **El mundo necesita hoy, como tal vez nunca en su historia, una iglesia que viaja junto con las personas y los pueblos por el camino del día de la historia, que toma sobre sí las alegrías y angustias del hombre actual en todo el mundo y que de este modo transmite la eterna nueva del Evangelio a sus compañeros de viaje, tanto al individuo como a las comunidades humanas.** Solamente una iglesia "dinámica" y lista para el servicio, que siempre se halla abierta a lo nuevo del Espíritu Santo en el mundo y siempre pronta para servir, puede acompañar el paso acelerado del desenvolvimiento del mundo.

Esto es más importante que el querer acentuar fundamentalmente con relación a una nueva actitud, el nuevo estilo de vida y el nuevo modo de pensar de la comunidad de Cristo en nuestro mundo actual. Esto tiene, naturalmente, también sus consecuencias graves en la formación y edu-

cación para el servir de la iglesia en el mundo de hoy. Oigamos, pues, más de cerca y en primer lugar: ¿Cómo se presenta la ruta en que nos encontramos “en el camino” como pueblo de Dios y comunidad de Cristo?

1. El mundo en que estamos de camino.

Hay ciertas verdades bíblicas que siempre permanecen fundamentales en relación con el mundo. Este es el mundo creado por Dios, que fue transformado y corrompido por el pecado humano. Simultáneamente, sin embargo, el mundo vive en el campo magnético del amor libertador y de patrón de Dios, el campo de fuerza de la nueva creación, y espera su conclusión escatológica. Estas verdades teológicas fundamentales, sin embargo, deben ser complementadas por algunas características que determinan nuestro mundo actual. Queremos mencionar aquí cuatro características especiales de nuestro mundo de hoy.

Primero: Es un mundo de la técnica, fruto de la humanidad contemporánea. En escala mayor o menor, está siendo construido sobre la naturaleza un “mundo artificial”, un “mundo secundario”: bloques de casas, calles, fábricas, instalaciones eléctricas, automóviles, teléfonos, radio, televisión, una gran cantidad de máquinas en todos los lugares; un “mundo artificial, secundario” que era aún completamente desconocido en la época de Jesús o de la Reforma. Un “mundo nuevo” que pone a disposición del hombre una gran fuerza, en una sociedad altamente industrializada en muchas partes del mundo, término medio una fuerza de 30-40 “máquinas esclavas” por persona.

Segundo: El mundo de hoy y de mañana no es más el ámbito estrecho o amplio del lugar de morada de nuestros antepasados, por lo tanto “un mundo pequeño”, sino más bien un “mundo global”, al cual pertenecen también las ciudades vecinas, o el país vecino, u otros continentes, hasta también otros planetas. El antiguo filósofo Parménides enseñaba: Debido a la unidad del ser, el movimiento de un solo grano de polvo tiene un efecto sobre las estrellas más lejanas. Así también nosotros en nuestro mundo de hoy: catás-

trofes naturales y tensiones políticas que ocurren en alguna parte del mundo, pasan en pocos momentos por los nervios de las personas, también de aquellas que se encuentran en el lado opuesto de la tierra, por la ayuda de los medios de comunicación de masas, influyendo en nuestra propia vida. También la iglesia y su tarea educacional debe contar hoy con el hecho de que vivimos en un mundo que se torna pequeño, cuyas alegrías y dolores pertenecen a todos nosotros en común.

Tercero: El mundo de hoy es un **mundo secular-mundano**. En casi todas las partes de la tierra el mundo no es más aquel mundo tradicional—"cristiano" o religioso, como lo fue en la época de Jesús o de los reformadores, o aun cien años atrás. El hombre de hoy aprendió que en las más importantes preguntas de la vida científica, económica, social y política—hasta en cuestiones de normas morales— él ya no depende de la orientación de la iglesia y de los sacerdotes, sino que podrá encontrar una respuesta propia. Se ha independizado. Este "mundo emancipado" tiene tanta confianza en su propia causa que ni aun los fracasos en su técnica o su vida pueden echar abajo su autonomía. El mundo sigue en su camino en actitud valiente y decidida. Es necesario volver a este problema del "mundo emancipado" aún más minuciosamente.

Cuarto: Este nuestro "bello nuevo mundo" es un **mundo altamente amenazado**; nunca lo fue tanto como hoy. A partir de los últimos decenios también los peligros que amenazan a nuestro mundo se tornaron globales. Yo no pienso aquí solamente en los peligros de un "mundo secundario", en una civilización "supertecnificada" en muchas partes del mundo, y en sus consecuencias, la contaminación de la naturaleza, en los peligros que amenazan a la biosfera humana. Máquinas y autómatas pronto nos librarán del trabajo, el tiempo libre crecerá, y nosotros tendremos siempre menos tiempo uno para el otro, para la familia, para las relaciones humanas. También éstos son peligros serios. Pero yo pienso principalmente en el peligro del "saber enciclopédico", del nihilismo saturado de la vida que socava interiormente nuestro mundo humano, que amenaza nuestra vida desde el interior; por

otro lado, desde luego, yo pienso en el "poder atómico", que en la forma de una nueva técnica de guerra amenaza desde el exterior con la destrucción de toda nuestra cultura y civilización multimilenaria. Nosotros vivimos realmente en un "mundo en peligro", que sólo puede hacerse consciente de su peligrosidad mediante su desarmonía ideológico-política. "Si la humanidad ha de sobrevivir", dice un pensador de nuestro tiempo, "entonces no sobrevivirá solamente por la fuerza de una evolución biológica, mas a través de una decisión humana, un poder moral que hace necesario un frente común de aquellos que creen que el universo progresa y que es nuestro deber contribuir para su progreso." (Teilhard de Chardin.) La sobrevivencia del mundo no es una cosa que se entiende por sí misma.

2. Una nueva forma de vida de la iglesia en el mundo.

Así se presenta la ruta en la cual nosotros los cristianos —juntamente con personas de otra fe y de otra visión del mundo— estamos hoy en camino. ¿Cómo debemos, entonces, andar en esta ruta para volvernos realmente el "pueblo de Dios", discípulos de Jesucristo en este mundo moderno? Esta es la gran pregunta que debemos responder ante todo.

Yo quiero presentar aquí tres aspectos de vida de la iglesia en un mundo transformado. Tres características fundamentales que deben parecer de gran importancia para nosotros. Y aquí yo hablo en base a experiencias establecidas en una iglesia que vive en un ambiente social típicamente no cristiano.¹ Allí los contornos de las cosas son más claros, el aire mucho más cortante. Y la situación de una iglesia en una era postcristiana hace surgir allí las preguntas de una manera mucho más insistente que en muchas partes del mundo de "cuño cristiano". Meditamos más de dos o tres decenios sobre este nuevo estilo de vida, esta nueva forma de vida de la iglesia, estudiamos teológicamente sus preguntas y procuramos vivir en esta nueva forma de vida. Aquí quiero presentar solamente las consecuencias más importantes relacionadas a este estilo de vida de diaconía.

1) El autor es miembro de la iglesia luterana de Hungría que vive bajo un régimen comunista.

a) Vemos como deber inevitable en el camino actual de la iglesia el tomar conocimiento crítico-positivo de un mundo secular, "mundano". La iglesia no puede ni debe anular el proceso de secularización en el mundo moderno. La "era constantina" —donde la iglesia es "la corona de la sociedad" y aquella que "da o toma" en la vida pública, una época donde "ecclesia procedit"— retrocede siempre más, y no volverá nunca, por lo menos no en Europa.

De los tres componentes del proceso de secularización —liberación del mundo de una "tutela eclesiástica", laguna entre fe y vida diario, alejamiento de Dios y de la fe religiosa— debemos reconocer sin censura el primer aspecto de secularización, i.e. la aspiración del mundo moderno a la mayoría de edad. Un análisis actual de la historia mundial bajo el aspecto teológico pone un gran peso en el hecho de que la propia Sagrada Escritura "desacraliza" y "desmitologiza" ² el mundo terrenal y lo entrega en las manos del hombre para la responsabilidad libre ante Dios.

Este análisis —la pretensión del mundo de arreglar sus asuntos por sí mismo y sin Dios (La Red.)— no incluye el 2. y 3. componente.

Esta aprobación del desenvolvimiento secular del mundo, sin embargo, debe conservar siempre una apreciación **crítica** de este proceso. Este consentimiento no puede contribuir de ningún modo a cualquier forma de una teología de "la muerte de Dios", a ninguna "tecnópolis" sin Dios. Ella no puede permitir nunca el pecado en cualquier forma, ni empequeñecer el pecado en nosotros y en el mundo, ni simplificarlo. Ella no debe significar, finalmente, una "desescatologización", es decir, una privación de nuestra vida del horizonte de la eternidad de Dios y de una vida eterna. Este peligro se manifiesta muchas veces en la teología moderna, también en su forma existencialista. El mundo secular, autónomo, es nuestro lugar de residencia. Una ruta en la cual el pueblo de Dios camina diariamente. Este mundo, sin embargo, no es la última

2) Gogarten, Harvey Cox, Leewen etc. A un concepto parecido apunta la doctrina de Lutero referente a los dos reinos y su conclusión de que las cuestiones del mundo o del estado dependen de la razón y sus decisiones y que no necesitan del consejo de la Iglesia. (La Red.)

realidad, mas a lo sumo una penúltima estación en nuestro camino hacia la "ciudad de Dios".

b) Como otra característica esencial de la vida de la Iglesia en un mundo secular quiero citar aquí la "**forma de vida de diaconía de la Iglesia**". ¿Qué significa esto?: el aspecto diaconico en una sociedad secularizada?

Antes de todo quiero demostrar lo **que no significa**. Este estilo de vida de la Iglesia es incompatible con cualquier especie de "clericalismo" expreso o secreto, de poder teocrático de la Iglesia en la sociedad, pero también es incompatible con un retiro orgulloso y auto-suficiente del "mundo malo" por parte de la Iglesia. Esta tentación del orgullo puede tornarse viva principalmente en corrientes de tendencia pietista: Nosotros somos el "grupo salvado", no tenemos ya nada que ver con el "mundo pecador". Este ya vera cómo será alcanzado por el castigo de Dios por causa de su incredulidad. En cuanto una iglesia lucha sólo por sus propios intereses eclesiásticos, por su seguridad y autonomía, dejando al mundo librado a su propia suerte, ella niega el amor y sacrificio de Dios para con este mundo en la cruz de Gólgota. Si ella no se hace una "Iglesia para el mundo" (Bonhoeffer), para la conservación y salvación de todo el mundo, ella permanecerá solamente una "Iglesia para las iglesias" tomando así un camino falso y fatal.

Este "estar para el mundo" solamente deberá entenderse como el **servir que no puede ser dividido ni separado de la Palabra de Dios proclamada y vivida**. El "carácter diaconico de la Iglesia" significa en sentido correcto la unión indisoluble de ambos: de la Palabra de Dios viva, dinámica en la proclamación, Bautismo y Santa Cena, y de la actividad servicial del Pueblo de Dios a través del amor al prójimo, para el bienestar total —eterno y terrenal, para la "curación de las llagas de la ciudad" (H. Cox): Como buenos miembros de la Iglesia de la Reforma, nosotros sabemos que por las obras del amor no se puede subsistir ni ser justificado en el juicio de Dios. Las obras de misericordia no pertenecen a la relación del hombre con Dios. Mas del mismo modo deberíamos saber: Donde faltan las obras de carácter humanitario, el amor al prójimo, ahí nuestra tan "correcta fe" está equivocada. A veces procedemos en forma totalmente errada: Nos jactamos

delante de Dios de nuestras realizaciones y obras y queremos demostrar nuestra fe delante de los hombres. Esto debe ser diferente. Así como Lutero nos demuestra en su librito "De la libertad cristiana": Por nuestra fe somos libres de todos, por nuestro amor cristiano, sin embargo, somos siervos de todos los hombres y sometidos a todos. Pues el amor incansable y activo al prójimo es la parte vuelta al mundo de nuestra fe en Dios. ³

Esto no puede empañar de ninguna manera el significado fundamental de la proclamación (del evangelio) y de los sacramentos. La "forma de vida diaconica de la Iglesia" significa, por lo tanto, una fuerte acentuación y realce del **testimonio activo del evangelio también a través de la vida de la Iglesia y de los cristianos**. El compromiso social, económico, cultural y político del cristiano de todos los sectores de la vida diaria. Pues el amor al prójimo no puede ser solamente una actividad personal, caritativa en este mundo que se encuentra en peligro. El amor al prójimo fue comprendido en la historia eclesiástica en gran parte como "diaconía caritativa": como servicio de amor entre enfermos, pobres, prisioneros, y afligidos, en forma personal o institucional. Tal vez las páginas más bellas de la historia eclesiástica fueron escritas a partir de la actividad de amor caritativo de la Iglesia, comenzando con Martín de Tours hasta Bodelschwingh, Albert Schweitzer y otros. La fase más moderna de la historia eclesiástica trajo consigo, sin embargo, después de esta actividad caritativa de ahora para el futuro la necesidad de una forma de diaconía mucho más generalizada, o sea de la así llamada "**diaconía universal**". Ella se distingue de la forma tradicional de diaconía principalmente en dos características: a) Ella no se dirige directamente al individuo, sino más bien a las diversas comunidades humanas, así como a toda la familia humana. b) Ella no debe solamente mitigar la desgracia presente sino ser más bien un preventivo para la desgracia futura —de mañana y después de mañana. Esto lo consigue de tal manera que trata de prestar su ayuda a la transformación de las

3) Es más bien la consecuencia de la fe, que como tal es inseparable de la fe pero que debe ser distinguida de la fe misma. Por eso el "compromiso social" no está sobre el mismo nivel que la proclamación del Evangelio misma. (La Red.)

estructuras de vida comunitarias anticuadas, inadecuadas e injustas. Ella procura alcanzar las raíces verdaderas de la miseria y del sufrimiento en el mundo. En un "mundo global", donde todo está en estrecha relación entre sí, donde millones padecen o están amenazados por la muerte atómica, también el amor de los cristianos, el servicio de amor de la Iglesia, que procede de un "amor global", debe realizarse en responsabilidad universal para con la sociedad o para la humanidad. Por eso también "diaconía universal"

Este servicio de los cristianos, de amor para con el mundo y para con los hombres, debe ser siempre un "**servicio auténtico**", sin cualquier segunda intención, la de recuperar posteriormente aquello lo que se da, la de conservar la antigua influencia y el prestigio, la dignidad exterior, tampoco sin la intención de "cristianizar al mundo" ¡El amor servidor de los cristianos nunca debe tornarse en "un medio para el fin", ni ante Dios, ni en este mundo! Debe ser un amor que se olvida a sí mismo, que no espera nada para sí, ninguna fama, ninguna posición de honor, ninguna honra. La Iglesia considera como posición más apropiada en el reino de Dios: la última posición. Así ella estará justamente allá donde estuvo también su Señor o cabeza en este mundo. Cristo también vino al mundo no para ser servido sino para servir (Mc. 10:45). Nosotros experimentamos en nuestra Iglesia diariamente y de muchos modos la verdad de la 62. tesis de Lutero: "El verdadero tesoro de la Iglesia es el sacrosanto evangelio de la gloria y de la gracia de Dios." La comunidad de Jesucristo tiene un futuro en una sociedad secularizada solamente cuando realiza **su servicio de una manera plena y total**: cuando practica, procediendo de su fe un amor al prójimo activo, desinteresado y universal y proclama así la Palabra de Dios y distribuye los sacramentos! Ella proclama, por lo tanto, el Evangelio no solamente desde el púlpito, sino también en su vida diaria con sus acciones de amor en la sociedad.⁴ Con esto no queremos abrir las puer-

4) El autor explica en las frases siguientes, cómo debe ser entendida la afirmación anterior, la que en sí es algo ambigua. La acción humana no tiene la promesa salvadora, sino ésta está acondicionada a la palabra, porque Cristo y su presencia se unen a esta palabra, de modo que el mensaje del Evangelio nos alcanza por el oído. Pero esta palabra debe ser acompañada por una vida correspondiente. (La Red.)

tas a un nuevo "Social Gospel" y a un "practicismo" (Praktizismus) cristiano. Sabemos muy bien que la responsabilidad social de la Iglesia y de los cristianos no es un último vínculo. Nuestra última ligación y el vínculo con Dios y con el Señor Cristo es la fe. Nuestra responsabilidad social es, por lo tanto, siempre una consecuencia imprescindible y necesaria de la proclamación del Evangelio, un fruto de la fe auténtica. Tal vez sea audaz la siguiente constatación: nada es más urgente hoy en la vida de la Iglesia y de los cristianos que reconocer esta "forma de vida diaconica de la Iglesia" y de practicarla fielmente en la fe como consecuencia de la verdadera proclamación de la Palabra.

Trad. F. L.

(Continuará)

La realidad de Satanás. "Satanás a quien muchos de entre nosotros consideran una invención de los teólogos, en África es diariamente un hecho real con todo su poder tenebroso... Siempre de nuevo los misioneros nos cuentan que durante un culto una mujer o un hombre fueron agarrados y sacudidos por Satanás. Entonces los feligreses los llevan afuera, oran sobre ellos y tratan de expulsar al demonio mediante exorcismos. A veces se trata de varios espíritus que todos indican sus nombres por la boca del poseído (p. ej.: "el que arroja al fuego" o "carga pesada"). Lo característico del paganismo de Etiopía es tal vez esto que allá realmente se adora a Satanás. Los hombres tienen en su choza una mesa que está destinada especialmente para Satanás, y le dan también una silla y una cama. Al tomar café derraman dos o tres tragos sobre el piso, y esto es para Satanás. Afuera se presentan en ciertos árboles los sacrificios para el diablo... Pero también tales personas que han sido bautizadas y pertenecen a la iglesia, de vez en cuando ofrecen un sacrificio a Satanás para estar más seguros y en seguida son atacadas y poseídas de nuevo por él y molestan los cultos con su gri-tería.

Dord G. Hasselblatt